

DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1900 Á 1901

EN EL

Insigne Colegio-Seminario

DE

Teólogos y Juristas

DEL

SACRO-MONTE DE GRANADA

POR

D. Manuel Gómez-Moreno Martínez

CATEDRÁTICO DE HISTORIA DEL ARTE Y ARQUEOLOGÍA CRISTIANA

DE DICHO SEMINARIO

GRANADA

IMP. DE D. JOSÉ LÓPEZ VENTURA

1900

1000

30 lmm

R-118799

ANT

XIX

1295/2

DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1900 Á 1901

EN EL

INSIGNE COLEGIO-SEMINARIO

DE

TEÓLOGOS Y JURISTAS

DEL

SACRO-MONTE DE GRANADA

POR

D. MANUEL GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ

CATEDRÁTICO DE HISTORIA DEL ARTE Y ARQUEOLOGÍA CRISTIANA

DE DICHO SEMINARIO

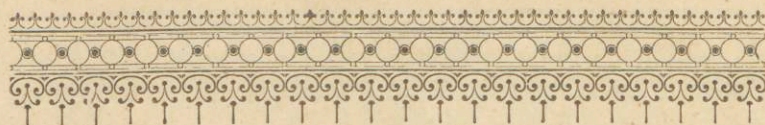


GRANADA.

IMP. Y LIB. DE D. JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1900





Excmos. Señores:

Que costumbre añeja al empezar todo discurso que el orador, por sabio que fuere y por mucho que domine el tema escogido, se dirija á sus oyentes en demanda de benevolencia. Si esta costumbre, fundada en un deber de cortesía que impulsa á parecer modestos, obedeciera alguna vez á un fondo de sinceridad, sería en el caso presente, en que me veo obligado, fuera de ocasión por el turno fatal reglamentario, á un trabajo que sólo se concibe fraguado en apartado bufete entre libros almacenados á la vista, y con una calma de espíritu y un descanso corporal que me faltan en estos momentos. Así es que lo que vais

á oír no puede rayar al nivel, ni con mucho, de lo que la costumbre de otros años y la solemnidad del acto exigen, ni aun tampoco lo reconozco por fruto de mis más ó menos raidas facultades en su estado normal de equilibrio, sino como esfuerzo apremiante, aborto fuera de sazón, que nace en la víspera misma de empezar otro trabajo más arduo y trascendental para mí, y que he de seguir de acá para allá, fatigado siempre y distraído en muy otras investigaciones.

¿Cómo atreverme en tales circunstancias á echarla de maestro, ni cómo había yo de sacar de mi cosecha materia para vuestra enseñanza, que interesara sin enfadaros y os entretuviese con provecho? Renuncio á ello, y confesando ineptitud, veamos de discurrir juntos sobre cualquier cosa, á la ligera y en asunto ageno de toda erudición y doctrina. Y como el Arte es mi afición, y de ello á todos se nos alcanza algo, como atestigua el adagio, no quiero renegar ahora de mis gustos, y así Arte ha de ser el campo sobre que discurremos.

ARTE Y CULTO. Ved aquí dos grandes actividades de la vida social, que mutuamente se compenetrán: el culto pidiendo al arte medios de expresión; el arte inspirándose anheloso en la eterna Hermosura para rendirle culto. Tema es este bien ancho y lucido cuyo desarrollo exige como conocéis, mucho más tiempo del dispo-

nible, y por lo tanto, solo descenderemos á consecuencias ordinarias, fijándonos en este fenómeno: El arte es hijo del pueblo; su fe y entusiasmo le alientan y le dan vida; cada momento histórico pugna por elevarse en sus obras á la representación de la Divinidad en sus manifestaciones y destellos; estas obras entran en el santuario y se consagran al culto, y sin embargo, el pueblo que las admira, que en ellas cifra su ideal artístico-religioso, no dobla la rodilla á su presencia, no le excitan á tierna devoción, no le inspiran suave terror, como si algún espíritu sobrenatural vagase por ellas: estas prerogativas se otorgan á otras representaciones artísticas ó antiguas ó inexpertas, en las que la belleza plástica entra en leve grado, y esto siempre y en todos los pueblos; y es tan refinado este menosprecio de la forma, que la piedad la oculta más y más con los arreos de sus ofrendas hasta ofuscarla por completo.

Pensaréis que el pueblo es indocto, que carece de educación artística; cierto, pero no tanto, pues si al más rústico le ponéis á comparar una Virgen de Murillo con la de su pueblo, sin duda reconocerá por más hermosa é ideal la primera, sin dejar por esto de tributar su homenaje de devoción á la otra. Además, Grecia, la tierra feliz del arte; Florencia, la Atenas de la Edad Media; Roma, la Reina del Renacimiento, fueron siempre del mismo parecer, y

los admiradores de los dioses de Fidias, de los san Juanes de Donatello y de las Madonnas de Rafael, buscaban la comunicación con la Divinidad ante la Athena del Pandrosion, la Nunziata ó las informes pinturas venidas del Oriente. Más aún: los artistas mismos están persuadidos de esta ineficacia piadosa de sus obras, y á propósito de ello, recuerdo lo que se cuenta de un escultor flamenco llamado Michiel: Hizo en Málaga cierta efigie de Cristo, á la que el pueblo atribuyó el milagro de librarle del azote de la peste; lo supo el escultor; alguien le vió andar macilento y triste, y preguntándole la causa, repuso: «He hecho una imagen milagrosa, y es creencia entre nosotros, que quien esta gracia obtiene, luego muere;» y en efecto, el buen Michiel confirmaba á los pocos días su aciago pronóstico muriendo.

¿Es anomalía? ¿Es vicio? ¿Es rutina? Lejos de ello, me parece al contrario, efecto de la creencia universal en una Divinidad ultra-terrena y sobrenatural, que no puede tener representación exacta bajo forma corpórea; idea mantenida por el buen sentido popular aun en los siglos de adoración más materialista, y que tiene cabida respecto de los santos, por participación de los atributos celestiales. Un Dios, un santo, no es un hombre, aunque haya aparecido ó vivido como tal; por consecuencia, cuanto más se separe su imagen de la natural estructura huma-

na, y cuanto más obscuro y misterioso parezca su origen, así convendrá mejor al ideal piadoso, así se rendirá el albedrío ante lo extraordinario.

El comprobar esto me haría entrar en vías de erudición, que hoy rehuyo: baste recordar los primitivos símbolos, llámense betilos, xoana ó culto del fuego; los dioses híbridos del Oriente, los monstruosos del Nuevo Mundo ó los fetiches de los negros; pero aun dentro del culto cristiano, aquellas imágenes de oro y esmalte de los Bizantinos, nuestros Crucifijos y Vírgenes de la Edad Media, ya de marfil, ya de plata, con grandes rostros y ojos desmesurados, cuya viveza se aumentaba fabricándolos de piedras preciosas, no expresan sino una esencia sobrenatural por atributos en cierto modo extra-humanos.

Y notad otro fenómeno: los períodos de fe ardiente son los que más se valen del símbolo y de lo convencional en su arte hierático; y por el contrario, á tiempos materializados y tibios corresponde el realismo al servicio del altar. Parece como que el arte se esfuerza entonces por levantar el alma á las regiones celestes, poniendo en sus obras una plenitud de intensidad realista, como niño á quien se instruye con fábulas y cuentos, porque no está en aptitud de abarcar las leyes transcendentales de la vida, hasta que, logrado esto, lo celestial

entra en nuestra fantasía, enciende el corazón, y ya basta para mantener el fuego ó un símbolo ó un mero cuadro narrativo que fije su atención y sus recuerdos.

Para observar este hecho no hay más que seguir paso á paso el arte hierático de cualquier pueblo. No lo he de hacer, pero dispensadme siquiera que os exponga algún ejemplo de tiempos bien conocidos:

Nuestra España del siglo XVI no necesito deciros cuán cristiana, cuán creyente fué; pues su arte religioso es de los menos afectivos: pocas, muy pocas imágenes que exponer á la veneración directa de los fieles, por el contrario, grandes series narrativas en que se figuran episodios de la vida de Cristo y de la Santísima Virgen; santos sin casi más historia que la predilección popular, y tan menguadas aspiraciones realistas, que el estudio del natural cedió ante las rutinas de taller, y la verosimilitud en trajes y accesorios desaparecía con el rico estofado que les engalanaba.

Entra con el siglo XVII nuestra degeneración, y el arte se lanza á la conquista del alma abatida con las fierezas ascéticas de un Ribera y un Zurbarán, los graves idealismos de Cano y esos poemas de ternura y sentimiento que han inmortalizado á Murillo. Avanzad indagando en el siglo XVIII y veréis acentuarse más el apasionamiento religioso en los artis-

tas populares, modestos y adocenados, en verdad, pero todavía os nombraré al azar á dos bien característicos: el italiano Sassoferrato y el murciano Salcillo.

Y de este siglo ¿qué os diré? Nació creyente, porque la fe no cae de golpe á las diabólicas burlas de los filosofastros; no obstante, minado el terreno, iba desmoronándose y acudieron entonces al remedio los intrépidos y fogosos polemistas, los románticos de la literatura y del arte; mas sus puntales eran de arena, que no por caldearse mucho adquiere firmeza; era necesario construir más despacio, estudiar el mundo, sondear la historia, disecar al hombre, y ésta ha sido la faena de nuestro tiempo, merced á la cual é inconscientemente casi, la Verdad se afirma en su trono y el hombre humilla su frente en el polvo de su pequeñez, invocando á un Criador, á una Providencia imprescindible. El arte mientras tanto secunda la obra pintando el mundo en todas sus manifestaciones, se reconoce impotente para enseñar el cielo, y busca en las bellezas de lo vulgar un aperitivo que fortalezca nuestras almas entecas y abatidas y con esperanza de días mejores.

En esta ocasión no puedo aventurar ciertos augurios para lo porvenir, que no resultarían oportunos; mas ya me parece entrever un nuevo arte simbólico en este modernismo que va

surgiendo y que se impone á regañadientes, trayéndonos quizá las primicias de una Era nueva, tal vez profundamente cristiana, tal vez más conforme al ideal evangélico.

Habréis notado que hablando de arte llevo hecha exclusión tácita de la arquitectura; no en verdad porque ella caiga fuera de mi tesis, antes al contrario la confirma plenamente; pero sus principios estéticos y expresivos son demasiado sutiles para enunciados aquí á la ligera, y —dispensadme la franqueza— no nos entenderíamos. Sin embargo, por encadenamiento de ideas, vengo á fijarme en otra observación, quizá meramente personal, que deseo exponer á vuestra consideración ilustradísima.

Bien sabéis cómo el medio ambiente se pregonaba hoy por una de las leyes impulsivas de las tendencias humanas; pues apelo á ella para explicarme: Si á una anciana grave la vieseis de improviso metiéndose por los ojos, engalanada con atavíos juveniles, su pelo teñido y su dentadura blanca y nueva, ¿qué idea podríais formaros de su respetabilidad? ¿Tomaríais en serio aquella metamorfosis tan reñida con la venerable lisura de la ancianidad? ¿No os parecería asaz desvirtuada y caduca? Pues algo de ello me ocurre á mí cuando entro en una iglesia á la moderna: sin poderlo remediar, siento frío, repulsión, y tengo que abstraer toda la

escena para penetrarme de lo solemne del culto y de los misterios que allí se desarrollan. Sin este esfuerzo, todo me parecería cosa de entretenimiento, tan falsa como la apariencia del edificio, como las insulsas imágenes, como la compostura de las devotas infatuadas.

Será individual, mía sola, esta impresión, que si no medrada andaría la fe en las ciudades modernas; pero algo de esto sí creo que debe percibir todo el que conserve en su alma el calor de la vieja iglesia donde su madre le llevaba cuando pequeñito á bendecir al Señor y pedirle á golpes de pecho sus misericordias. Los templos viejos cobijaron á otras generaciones de más acendrada piedad, que parece dejaron en su ambiente partículas de aquellos siglos de grandeza y de virtudes enérgicas á la española. Surgía su fábrica dura y tenaz como la fe de sus artífices, galana como ofrenda de amor; sutil, admirable y sabia en su estructura, milagro del ingenio humano, admiración de los siglos, como que era el más alto homenaje del arte y de la ciencia tributado á Él que es regulador del Universo y Creador de sus maravillas. El arquitecto abismaba su personalidad ante lo gigantesco de la idea, y el pueblo acudía en tropel á trabajar por sus manos la casa del Señor, levantada bajo la advocación de Sta. María, y que era á la vez refugio del pueblo, himno de triunfo de su liberación,

la gloria de la ciudad y depositaria de sus muertos.

¿Podéis imaginar cosa más noble y digna para santuario? En cambio, ¿qué de todo esto queda á la iglesia moderna? Artistas asalariados la ordenan, como podían hacer un teatro ó una sinagoga; su ideal no va más allá de satisfacer la vanidad propia creando algo que llame la atención siquiera por lo extravagante; ha de hacerse muy pronto y á muy poca costa, aparentando todo lo contrario; se erigen á fuerza de dinero entre las blasfemias y chocarrerías de la plebe y el recelo de los despreocupados... Pero ¿á qué seguir tan lastimoso paralelo? En la conciencia de vosotros está que no exagero. Y ¿cómo podrá ser que lo que nace cadáver tenga vida? ¿Cómo será símbolo de la Iglesia viva de Dios este armadijo tan indignamente constituido? Falta de expresión privativa la moderna arquitectura religiosa, vaga remedando formas de otros tiempos: vano arbitrio, disfraz de máscara que á nadie convence.

Dejemos á los pueblos nuevos que ellos se forjen un culto á su manera; pero nosotros, gente vieja, que si algo quiere hallar de gozoso ha de remontar la memoria á los días de su virilidad, conservemos cuidadosamente lo que no somos capaces de hacer; miremos cual sagrado depósito las prendas de la religiosidad pasada, y ya que perdimos la hacienda guar-

demo los pergaminos, por si otros más dignos erigen sobre ellos nuevos títulos de nobleza. Retirad los ojos con algo de altivez castellana de esa Francia, que barrió de sus templos el polvo santo de los cruzados con la bandera tricolor, y ahora intenta compensar lo desmantelado de sus aras con novedades antojadizas.

Y volviendo á las artes figurativas, gloriémonos de que si algún pueblo puede alardear de cristiano más que los otros, es el nuestro: su lema desde que tomó personalidad ha sido «arte por Dios», al paso de Italia, la maestra, no podía desasirse de su predilección á la belleza exterior, de cultivar el arte por el arte, y era preciso todo el respeto debido al genio para tolerar en sus altares las profanidades á que se lanzaba. Los artistas españoles — con muy raras excepciones — tuvieron una existencia como impersonal: hombres de bien, sencillos, piadosos, de ejemplar vida muchos, no llevaron á la apoteosis liviandades ni se endiosaron con su genio; por eso vibran el sentimiento religioso y sinceridad en sus creaciones; por eso fundieron tan admirablemente el naturalismo de la observación humilde con la inspiración de lo sobrenatural.

Basta ya, que no por largo se estima el buen paño. Bien podéis creer que sin la precisión y urgencia que me espolean no llegarían á vuestros oídos estos renglones tan indignos; y no

lo toméis á empalagosería retórica, sino á convicción de mi propio juicio. Dispensadme por ahora, y si otra vez se repite la ocasión, os ofrezco que me estimularé por hacerlo mejor.

Finalmente, no se si en estos discursos será costumbre acordarse de los que se van; aunque no lo sea, espero que todos estimaréis de justicia el que en esta solemnidad y en nombre vuestro ensalce la memoria del amigo, del compañero, del maestro cariñoso y modelo, cuya muerte ahora llega á mis noticias dolorosamente. Bien lo sabéis, D. Antonio Muñoz Pérez era de lo mejor de la casa, era nuestro dechado, era hombre bueno y el Señor habrá tenido misericordia de su alma.
